Libertad gloriosísima y sublime, aquella que aleja de María la necesidad de contraer la culpa y la asegura contra todo peligro; y al contemplarse tan privilegiada del Señor, y llena de una gracia tan perfecta y sublime, le bendice y le adora con todos sus afectos. ¿Qué mociones tan puras y ardientes las del Corazón de la sagrada Virgen; qué gratitud la suya tan sincera y profunda? Pronunciarían sus labios una y otra vez su Magnificat divino, su cántico bellísimo de amor y de ternura. ¿Cómo no ensalzar y bendecir al que hizo en Ella grandes cosas, divinas maravillas de virtud y gracia?

Dios, al preservar á su Madre santísima de toda deuda y peligro de pecado, nos descubre la inmensa ternura de su amor á Ella; y su virtud divina y su bondad inmensa, extreman, si así pudiéramos decirlo, su magnificencia en favor de la más afortunada de todas las criaturas. ¿Cómo no exclamar, pensando en esto: Bendita sea la mano del Señor? y así lo hacemos: Bendición, y claridad, y sabiduría, y acción de gracias, honor, virtud y fortaleza á nuestro Dios y Señor por los siglos de los siglos.





## CAPÍTULO V

Esperanza y consuelo.

NTRE los misterios de la santísima Virgen María hay uno que de una maa nera singular inunda nuestras almas de indecible gozo: el de su Nacimiento. En el oficio eclesiástico que le corresponde, se nos dice una y otra vez que celebremos con gozo tan fausto acontecimiento; y nosotros pensando en el instante en que nació la futura Madre de Dios para consuelo de los hombres, nos acordamos de las tinieblas, de la ignorancia y del pecado que cubrían toda la tierra antes de la venida del Señor que tendría que iluminar á todo hombre que viniera á este mundo. Esa luz brillantísima, ese Sol de justicia vendría en pos de su aurora que disipando las tinieblas de la noche, anunciaba la proximidad del día.

La santidad aleja el pecado, como la luz disi-

pa las tinieblas; y el Nacimiento de Maria fué santo, ya porque había recibido la divina gracia en el primer instante de su Concepción Inmaculada, como porque todo lo que tuvo lugar en esta Virgen santísima, fué, dice san Jerónimo, pureza, verdad y gracia, misericordia y justicia; y Dios la inundó con la plenitud de todas las gracias. Siendo esto así, el santo Nacimiento de Nuestra Señora tenía que estremecer al mundo de indecible gozo: las tinieblas del error llenan el alma de tristeza, y las cadenas del pecado traen consigo un ominoso cautiverio; mas una voz anuncia que ha nacido la Madre del futuro Redentor: ¿el gozo y el consuelo no se extenderán por todas partes? Se acercan los tiempos de la gran misericordia del Señor; aparecerá en el mundo el Unigénito del Padre: preceda pues á su venida; en el Nacimiento de María, un himno de amor y de consuelo, de acción de gracias y júbilo divino. Levántate, oh Sión, y cúbrete con tus ropas de gala..... Sacude de tu cuello el yugo, oh esclava hija de Sión.... Vendrá día en que mi pueblo conocerá la grandeza de mi nombre; porque yo, el mismo que hablaba, estoy ya presente..... Regocijaos y á una cantad alabanzas al Señor, oh desiertos de Jerusalén; pues ha consolado el Señor á su pueblo, ha rescatado á Jerusalén; ha revelado el Señor á la vista de todas las naciones la gloria de su santo brazo, y todas las regiones del mundo verán al Salvador que envía nuestro Dios (1).

La proximidad del gran día de la redención humana, de la verdadera libertad, en una palabra, la bellísima luz de la aurora, al anunciar esperanza y consuelo á los desgraciados, infundían en éstos un gozo inefable que se revelaba en cánticos de bendición y gloria á Dios nuestro Señor por sus grandes beneficios. Mas notemos que los miserables, los desgraciados que hacía tantos siglos que pasaban la vida envueltos en las profundas tinieblas del error y del pecado, no tenían que contemplar desde luego los vivos rayos del Sol de justicia; debía preceder la luz apacible de la aurora á fin de que pudiesen contemplar después de algún tiempo, la espléndida luz de aquel Sol de gloria que eternamente vive en el seno del Padre. Esto es lo que ha realizado el nacimiento de María en el cual brillan juntamente la sabiduría de Dios y su misericordia; su benignidad y su condescendencia con nosotros: quiere llevarnos á su Majestad, atrayéndonos por medio de la suavidad y la dulzura, de la clemencia y del consuelo.

Al aparecer sobre la tierra la futura Madre de Dios, empezó á difundirse en el mundo el buen olor de Jesucristo; por esto aplica la Iglesia á la Inmaculada Virgen, las siguientes pala-

<sup>(1)</sup> Isai. LII.

bras de los Libros santos: Despedí fragancia como el cinamomo y el bálsamo arómatico; y exhalé suave olor como la mirra escogida; y llené mi habitación de odoríferos perfumes (1). ¡Qué olor tan agradable, qué delicada y celestial fragancia trascienden las virtudes de María! Nace inocentísima y llena de pureza, de humildad y sencillez; y en Ella todo es gracia de Dios y misericordia en favor de los hombres. ¡Cuánto tendremos que aprender si nos acercamos á la cuna de la celestial y encantadora Niña! Al contemplarla nos vendrán á la memoria las siguientes palabras de los Libros santos: Son tus ojos como los de la paloma; y tus rubios y finos cabellos, como el pelo de los rebanos de cabras que vienen del monte de Galaad. Como cinta de púrpura son tus labios; y cual corteza de granada son tus hermosas mejillas, además de tu belleza interior..... La fragancia de tus perfumes excede á todas las aromas. Son tus labios un panal que destila miel. Eres huerto cerrado, fuente sellada, vergel delicioso de granados, de manzanos, de cipros con nardos, azafrán, caña aromática y cinamomo, con todos los árboles del Líbano, con la mirra y áloe, y los más exquisitos perfumes. Toda Ella es hermosa y sin ningún defecto (2).

¿Qué virtudes aprendemos en la cuna de Maria? Sus miradas son de paloma; y nos revelan la inocencia y la pureza y una modestia que arrebata el alma. Son sus labios de púrpura y carmín, y son un panal que destila miel. Llena de caridad hacia los hombres, los atrae, con la dulzura de su santo amor, al camino de la justicia.—Sus mejillas teñidas de carmín nos revelan el pudor de su alma incomparable; y en una palabra todas las gracias con que el Señor la quiso engalanar, resplandecen con la purísima luz de las virtudes, con los encantos y el dulce atractivo de la santidad.

Esa Niña preciosa que ha nacido para ser la esperanza y el consuelo de los hombres, es la fuente de los huertos, y el pozo de aguas vivas que bajan con impetu del monte Libano. Derramará ríos de agua viva y celestial; y difundirá la ciencia como la luz. Esa Niña de Dios puede decirnos desde su cuna: Regaré los plantios de mi huerto, y hartaré de agua los frutales de mi prado; y mi canal ha salido de madre y mi río se iguala á un mar; porque la luz de mi doctrina con que ilumino á todos, es como la luz de la aurora, y seguiré esparciéndola hasta los remotos tiempos. Penetraré las partes más profundas de la tierra, y daré una mirada á todos los que duermen, é iluminaré á todos los que esperan en el Señor (1).

<sup>(1)</sup> Eccli. XXVIV, 20, 21.

<sup>(2)</sup> Cant. IV.

<sup>(1)</sup> Eccli. XXIV.

La prueba de lo dicho, la tenemos en el misterio de la Encarnación. El Verbo de Dios se hizo hombre; su carne purísima y santa es la carne de María; por esto no podemos separarla de aquel misterio. María puede decirnos: Por obra del Espíritu santo concebí en mis entrañas al Hijo de Dios; y nos lo da á conocer como Dios y Hombre verdadero. Si esa Madre no dice una palabra; si nos oculta el fruto bendito de su vientre; si la separamos de Jesús, ¿quién podrá decirnos: soy la Madre del Hijo de Dios? Mirad que nadie os engañe, decía Jesucristo; porque muchos han de venir en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo y seducirán á mucha gente (1). Así también si alguno dice que Jesucristo no es el Hijo de Maria, no tenemos que creerlo; pues de otra suerte seríamos seducidos. Creemos nosotros que es el Hijo de Dios y del hombre el que nació del purísimo seno de María. Esta Madre divina comunica á nuestras almas el conocimiento de su Hijo, Jesucristo nuestro Señor, con una luz purísima y con una firmeza incontrastable; y por esto la llamamos trono de la Eterna Sabiduría; y esta Sabiduría ha descansado en su bendito seno y en sus brazos; y del Hijo divino viene á la Madre la luz y la ciencia que nos dan el conocimiento de Dios y nos conducen por las sendas de la vida eterna.

Sedientos, venid á las aguas (1). Busquemos la fuente de aguas vivas en la cuna de María; porque Ella nace para ser la Madre de Dios y el acueducto de sus divinas misericordias. ¿Habrá otro medio más á propósito y más digno de Dios, para comunicar á los miserables los tesoros de la misericordia y las riquezas de la gracia que aquella preciosa Niña que atrajo á su seno al Verbo del Padre, que tiene un Corazón lleno de gracia y de bondad, y á quien el Hijo de Dios quiso encomendar á todos los hombres? Si la sed de las pasiones nos abrasa, vengamos á María, y apaguemos esa sed, bebiendo el agua de su pureza celestial. Si el amor del mundo nos lleva en pos de sí, roguemos á la santa Virgen que atraiga nuestro corazón hacia el Señor. En las miserias, en las aflicciones y tristezas, en las enfermedades, en el desamparo, y en todas las penalidades de esta vida acudamos á María y pidámosle su auxilio. No olvidemos que tiene Corazón de madre amorosísima y que todo lo puede con su Hijo. Por cierto que no seriamos desgraciados si siempre acudiésemos á Ella; mas jay dolor! que nuestros males queremos que el mundo los remedie y buscamos alivio y consuelo en las criaturas; y después de tristes desengaños viene la aflicción á consumirnos. No tiene el mundo corazón de madre, ni hay en él la caridad de Dios.

<sup>(1)</sup> Matth. XXIV, 4, 5.

<sup>(1)</sup> Isai. LV, 1.

Pongamos en María nuestra esperanza y pidámosle el remedio de nuestros males. Vino al mundo para ser la Madre de Jesús y cooperar con El en la redención de los hombres. Es esta redención obra excelentísima de la misericordia del Señor, y María interviene en ella dando su purísima sangre al Hijo de Dios; y esa sangre ha de ser el precio de nuestra libertad y de la vida eterna. Por ventura ¿no podremos esperar todos los bienes de quien así coopera al gran misterio de la clemencia divina? Todo lo debemos á Jesús porque es nuestro Dios soberano; mas El ha querido unir consigo á su divina Madre en la obra de la redención humana; ¿quién de nosotros podrá decirle: Por qué lo has hecho así? Y bien sabemos que de esta manera lo ha hecho porque así nos convenía.

La intervención de la Virgen purísima tiene un carácter de dulzura, de suavidad inexplicables: el de Madre. Jesucristo ruega por sus hermanos al divino Padre; María le ruega por sus hijos. Ahora bien; la Maternidad divina de María, y la humana, si así podemos llamarla, la que dispensa á los que somos sus hijos adoptivos, tienen entre sí relaciones misteriosas y sagradas, y de una belleza encantadora. Dios inclina los cielos, se hace hombre, y por medio de la sangre que María le suministra, es nuestro hermano. Misterio incomprensible y sacratísimo, ya que nos une con el que es principio de toda santidad.

¡Cuánta belleza descubrimos en la unión que existe entre Dios y nosotros, desde que El ha tomado nuestra carne! Todo lo purifica y lo eleva el Hombre Dios en su adorable Encarnación. Por eso la Esposa santa, como fuera de sí misma, elogiaba su hermosura. Mi Amado es blanco y rubio: escogido entre millares. Su cabeza, oro finísimo: sus cabellos como los renuevos de la palma y negros como el cuervo: sus ojos como los de las palomas que se ven junto á los arroyuelos de las aguas. Sus mejillas como dos eras de plantas aromáticas; sus labios lirios rosados que destilan mirra purísima; sus manos, de oro, hechas á torno, llenas de jacintos; su pecho y vientre como un vaso de marfil guarnecido de záfiros (1). Tanta grandeza y hermosura se nos comunican por medio de María: porque Ella es nuestra hermana y tiene la misma naturaleza que nosotros, naturaleza que recibió de Adán sin mancha ninguna; y de María recibió Jesús su sangre inmaculada. Es Ella, por lo mismo, el lazo precioso de unión entre el Hijo de Dios y nosotros. Preguntemos ahora si una madre que se halla en medio de sus hijos, dejará de dispensarles su amor y sus caricias; si no hará que los ricos socorran á los pobres; y que comuniquen entre si sus gozos y sus penas; entre los hijos de María, es riquisimo su Hijo

<sup>(1)</sup> Cant. V, 10-14.

primogénito; es la gloria y la felicidad de los cielos y la tierra; es la fuente de la gracia: María le rogará por nosotros; y Jesús pondrá en manos de su santa Madre todos sus tesoros que vendrán á enriquecernos de bienes celestiales. Después de esto tenemos que exclamar: ¡Oh María, esperanza y consuelo de los hombres, bendígante los cielos y la tierra!

Desde el Nacimiento de María, desde su misma Concepción, es con toda propiedad nuestra hermana y la futura Madre del Hijo de Dios: por esto salen de la cuna de la preciosa Niña los ricos manantiales de la esperanza y del consuelo para derramarse sobre todo el mundo. Antes de Ella los hombres no tenían una madre tan tierna y amorosa; y si traían á la memoria á la madre del linaje humano, lo hacían suspirando de tristeza; porque ella en el Edén perdió la justicia original juntamente con Adan; y de allí todos los males y desgracias que ha llorado el mundo. Felices mil veces nosotros que tenemos en la Madre del Hijo de Dios, nuestra propia madre que nos da la vida con el fruto bendito de su vientre.





## CAPÍTULO VI

En el templo de Dios:

ongome á pensar algunas veces en estas palabras de David: Escucha, oh hija, y considera, y presta atento oído, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre; y el rey se enamorará de tu hermosura; porque El es el Señor tu Dios á quien todos han de adorar (1); y me pregunto: ¿á quién dirige Dios nuestro Señor tan hermosas y santas expresiones? ¿quien es la hija dichosísima que Dios se digna atraer con tan tierno y delicado amor: escucha, atiende, inclina tu oído y olvídalo todo por mí; y yo te amaré, yo que soy tu Dios? Es María sin duda alguna esa hija predilecta y la más perfecta de todas las criaturas; es Ella á quien Dios previene con su gracia, atrae con

<sup>(1)</sup> Ps. XLIV, 11, 12.